

## CAPITULO QUINTO.

### PROGRESOS DE LA REVOLUCION.

Cómo esplicó el gobierno su retirada.—Efectos del bloqueo de Acapulco.—Pérdida de los buques.—Regocijos en México por la supuesta victoria del Peregrino.—Se aprueba el tratado de la Mesilla.—Curiosa escena en palacio con este motivo.—Lo que dijo el gobierno.—Lo que dijeron los periódicos.—Muerte del general Bravo.—Lo que dijo el Boletín oficial de Acapulco.—No hay datos para asegurar el atentado.—Hecho notable.—Entrada triunfante de Santa-Anna.—Arco de triunfo.—Crisis ministerial.—Progresos de la revolucion en el Sur.—Guerrilleros.—Movimientos militares.—Medidas de terror que toma el gobierno.—Las que dictó el caudillo de la revolucion.—Comonfort salva la vida á Holzinger y Zambonino.—Confiscacion de los bienes de los pronunciados.—Una propiedad de Comonfort.—Pronúncianse los pueblos de Tlapa.—La revolucion en Michoacán.—Don Gordiano Guzman.—Su prision.—Es fusilado.—Impresion que causó aquella muerte.—Diaz Salgado.—Huerta, Pueblita, Rángel.—Movimientos y combates de estos guerrilleros.—Accion del llano del Cuatro.—Toma de la Aguililla.—Disgusto del gobierno con Ugarte.—Le reemplaza Torrejon.—Don Manuel Andrade, general en jefe.—Estrañamiento al comandante general de Guerrero, porque se aumentan los pronunciados.—D. Faustino Villalva en el cerro del Limon.—Accion del 22 de Julio.—Muerte del guerrillero.—Notable accion de su hijo Don Jesus.—El cura de Cacalotenango.—Es fusilado Don José María Ramos en Morelia.—Pronunciamiento de ciudad-Victoria.—Rumor que corrió entonces.—Desembarco del conde Raousset en Guaymas.—Es derrotado y hecho prisionero por el general Yañez.—Su fusilamiento.—Causa formada á Yañez.

Se ha hablado en el capítulo antecedente del terror que causó en México entre los amigos del gobierno la falta de noticias del ejército del Sur. Esta ansiedad duró hasta el día 5 de Mayo, en cuya fecha se supo que el presidente había llegado á Acapulco, se había retirado, y debía llegar á Chilpanzingo el día anterior.

El general D. Santiago Blanco, ministro de la guerra,

había dicho en sus partes que el ejército se retiraba de Acapulco porque no tenía artillería gruesa para batir el castillo, pero que los rebeldes quedaban bien escarmentados con las derrotas que habían sufrido, y bien bloqueado el puerto por lo cual no tendrían mas remedio que rendirse muy pronto.

Esta esplicacion de una retirada tan imprevista, era poco satisfactoria para los que algo entendían de achaques de guerras, pues decían que si Santa-Anna no había llevado artillería gruesa para batir el castillo, ¿por qué había ido á tomarle, exponiendo tanta gente en aquella expedicion? En cuanto al bloqueo, todo el mundo presumía que no podía ser eficaz, estando encomendado á dos buques pequeños, de construccion endeble y mal servidos, cuya permanencia en las aguas de Acapulco no sirvió mas que para poner en ridículo al gobierno. La prueba de esto es que el bloqueo fué forzado por todos los buques que quisieron hacerlo, como sucedió el 27 de Abril con el bergantin-goleta ecuatoriano *La Panchita*, que entró en el puerto á pesar de los fuegos de uno de los buques bloqueadores, hallándose aún el ejército de Santa-Anna en aquellas cercanías; y como sucedió despues con los vapores americanos de San Francisco y Panamá, que nunca dejaron de tocar en Acapulco en sus travesías, á la vista de los buques mexicanos. La *Carolina* y el *Guerrero* no estuvieron siempre sobre Acapulco, pues solo lo hicieron tres cortas temporadas desde el mes de Abril hasta el de Setiembre. Poco despues (en Octubre) fueron victimas ambas embarcaciones de una de las furiosas tempestades que tan frecuentes son en aquellas costas durante el equinoccio de otoño. Los inteligentes habían previsto esta desgracia, desde que vieron la imprudencia del gobierno, que mandaba estacionar indefinidamente en tan peligrosos puntos dos barcos tan poco á propósito para aquel servicio.

Desde la hacienda de Buenavista había participado, el ministro de la guerra con fecha 3 de Mayo, tres dias despues de la accion del Peregrino, que el 30 del mes anterior habían obtenido las armas del gobierno en aquel punto “el mas señalado triunfo sobre los facciosos,” los cuales habían sido “desalojados á la bayoneta huyendo en completa dispersion,” y que rechazados tambien los que habían atacado al ejército por la retaguardia, no les había quedado mas recurso “que retirarse en desordenada fuga.”

Cuando se recibió esta noticia en la capital, se tocaron las campanas y se hicieron otras demostraciones de júbilo por la supuesta victoria; y si bien no hubo muchos que creyeran en ella, ni aún acaso los mismos miembros del gabinete, el gozo de éstos fué sincero, porque aunque el presi-

dente no volviera triunfante, al fin volvía para continuar en su gobierno, lo cual era siempre para ellos un bien positivo, por mas que quedara en pié la revolucion.

El 5 de Mayo fué dia de plácemes para los ministros de Santa Anna. Casi al mismo tiempo que tuvieron noticia de que *habia parecido* el ejército, del cual nada se habia sabido durante un mes, como si se le hubiera tragado la tierra del Sur, supieron que al fin habia sido aprobado por el senado de los Estados Unidos el tratado de la Mesilla. La incertidumbre de la suerte que correria aquel negocio, los tenia en extremo acongojados, porque despues de haber visto que el gobierno de Washigton no habia pasado por la indemnizacion estipulada primitivamente, ni por otra rebaja propuesta por él mismo y consentida por el gobierno de México, temian que al fin y al cabo los Estados Unidos negaran definitivamente su aprobacion, en cuyo caso iba á ser sobremanera apurada la posicion del gobierno, que no contaba con otro recurso.

Que temian esto nada mas, lo prueban ciertos pormenores de una e cena que tuvo lugar en palacio, y que trascendió en el público. Hallábanse juntos los ministros congratulándose por las noticias que se habian recibido del Sur, cuando el telégrafo anunció la llegada del vapor *Tejas* á Veracruz con la noticia de que habia sido aprobado el tratado de la Mesilla. Todos ellos dieron muestras de la mayor satisfaccion por un suceso que venia á salvarlos por algun tiempo de angustias pecuniarias; y habiéndolo indicado alguno de los que estaban presentes, que no era caso de tanta alegría, porque si bien la aprobacion era cierta, tambien la indemnizacion habia quedado reducida á diez millones, los ministros respondieron á una voz, dirigiéndose unos á otros miradas estrañamente gozosas: "¡Vaya aunque sea con cinco millones, y aunque sea con menos nos conformamos."

Mucho se murmuró entonces por causa del tratado; y el gobierno para dar al público una satisfaccion que nadie le pedia, hizo publicar en el *Diario Oficial* y en otros periódicos, artículos en los cuales se manifestaba que si la indemnizacion habia quedado reducida á la mitad, era porque tambien se habia hecho rebaja en la estension de los terrenos que se cedian á los Estados Unidos. Otros artículos se publicaron consagrados á espresar el contento que el gobierno sentia por la terminacion de aquel negocio, no sin zaherir amargamente á los mexicanos desterrados en la República vecina, á quienes se apellidaba traidores por haber dirigido, segun se decia, al gobierno de los Estados Unidos una protesta contra el tratado, y se les denostaba con aire de triun-

fo, diciendo que de nada habian servido sus amaños para impedir la aprobacion.

El público se enteró bien de lo que era el negocio, porque todos los periódicos publicaron un artículo de la *Crónica*, periódico español de Nueva York, en el cual se ponía en claro *lo que perdía México*. Aquel periódico habia defendido abiertamente hasta entónces al gobierno de Santa Anna; pero lo de la Mesilla le hizo enmudecer, dejándole como sonrojado ante los americanos. Por esta causa, cuando la dictadura dispuso mas tarde, que se examinaran en las aduanas marítimas todos los periódicos que vinieran del extranjero, para no dejar pasar los que contuvieran doctrinas contrarias á la política dominante, mandó que todos los ejemplares de la *Crónica* fuesen quemados en cuanto se recibiera. Conocia que habia de vengarse del sonrojo que la habia hecho pasar, y no se engañaba, porque aquel periódico hizo despues al gobierno de Santa Anna una guerra á muerte.

Es harto difícil justificar á la dictadura de la responsabilidad que contrajo por el tratado de la Mesilla. Cuando un cuerpo de tropas norte-americanas ocupó aquel territorio, el gobierno dió reservadamente orden al general Trias, comandante general de Chihuahua, para que se retirara sin hacer resistencia alguna, porque no habia fuerzas suficientes que oponer á los invasores. El general Trias, que estaba dispuesto á rechazarlos, cumplió aquella orden, formulando una enérgica protesta contra la invasion, segun tambien se le habia mandado; y casi al mismo tiempo el gobierno abrió negociaciones con la legacion americana, de las cuales resultó el tratado, que se firmó en México dos ó tres meses mas tarde, es decir, el 30 de Diciembre de 1853. Aprobado en Washington el 26 de Abril del año siguiente, y ratificado en México el 31 de Mayo, fué promulgado solemnemente el 20 de Julio. Los pormenores de aquel negocio no corresponden á esta historia. La que refiere los hechos de la dictadura, tendrá acaso que revelar secretos de mala ley, y dirá tambien como se gastó en pocos dias el mezquino precio de aquella venta.

Mientras estaba el ejército de Santa Anna sobre Acaapulco, habia muerto en Chilpanctzin o el 22 de Abril, el general Don Nicolás Bravo, uno de los hombres mas respetables y mas generalmente queridos de cuantos ha tenido hasta ahora México independiente. Tan modesto en su porte como esclarecido en virtudes públicas y privadas, mereció que todos los hombres de todos los partidos lloraran su muerte, y que por ella se pusieran de luto. El presidente Santa Anna mandó que le llevara la tropa por tres dias, cuando llegó,

diez días despues, á la ciudad de Bravo, que así se llama hoy la antigua Chilpancingo, por ser patria de aquel ilustre ciudadano y de su familia.

En aquellos días apareció una proclama del general Bravo á los habitantes del Sur, aconsejándoles que abandonaran la revolucion y prestaran obediencia al gobierno; y con este motivo, el *Boletín oficial del Ejército Restaurador de la libertad*, que se publicaba en Acapulco, dijo cosas que verdaderamente estremecen, sobre la muerte de Bravo. Dijo que al pasar por Chilpancingo el general Santa-Anna, habia exigido del ilustre veterano que le ayudara con su influjo y experiencia en la campaña que emprendia, y que Bravo se habia negado á ello protestando sus enfermedades; que le habia escitado á que dirigiese la palabra á sus compatriotas contra la revolucion, y que habiéndose negado tambien, se le forzó en el lecho del dolor á que firmara un manifiesto, so pena de ser conducido preso á Iguala; que poco satisfechos Santa-Anna y los suyos de la forzada condescendencia de Bravo, dispusieron deshacerse de él, cuando ya estuvieran distantes de Chilpancingo, para alejar toda sospecha; que al efecto redoblaron con él sus atenciones, le hicieron grandes ofrecimientos, y le comprometieron á que aceptara los cuidados de un cirujano del ejército, á quien quedaba recomendada su curacion: que el general Bravo, admitiendo aquella prueba de fingida amistad, no sospechó un momento que su existencia y la de su esposa quedaban en peligro; que este era el secreto de la desaparicion del general, y que la historia esclareceria y relatara los pormenores del atentado.

Hay que advertir que la esposa del general Bravo, por una singular coincidencia, falleció el mismo día, y casi á la misma hora que su marido.

En cuanto al atentado, creemos nosotros que las pasiones son capaces de todo; que no hay crimen á que no se abandonen los tiranos, y mas que ellos, los reptiles que siempre los rodean; que los tiempos de revolucion son tiempos en que se perpetran los que mas deshonoran á la humanidad; pero tambien sabemos que en tales tiempos los partidos suelen achacarse unos á otros culpas que no cometen; que sobran atentados verdaderos en la administracion de Santa-Anna, para que sea menester atribuirle los falsos ó dudosos; que no necesita de esto para justificarse, la revolucion que derribó aquella tiranía; y que la historia se alegra de no tener que consignar en sus páginas hechos tan atroces, como este, cuando para ello le faltan los datos indispensables.

Más averiguado está otro hecho de aquellos mismos días, que puede contrapesar en la opinion la horrible sospecha de

que se acaba de hablar. Mientras el general Santa-Anna estaba en el Sur, un extranjero que habia recidido en la República, y que entonces se hallaba en los Estados- Unidos, le dirigió una carta en la cual le decia que si le daban dos mil pesos, podria embarcarse para Acapulco, tomar parte en la revolucion del Sur, ganar la confianza de los principales caudillos, y hacerlos desaparecer por medios ocultos que estaban en su mano.

Al mismo tiempo el extranjero escribió al general Don Ignacio Basadre, indicándole la propuesta que hacia al presidente. Este habia dejado á Basadre el encargo de dirigirle al Sur las cartas que tuviera del interior de la República; pero le habia dicho que abriera las que le viniessen del extranjero. En virtud de esto abrió la que contenia aquella proposicion infame.

Horrorizado á la vista de ella, Basadre escribió al general Saata-Anna, remitiéndole aquel documento, y diciéndole que no solo debia rechazar una propuesta que le ofendia, sino que debia cortar desde entonces toda relacion con el que habia osado hacérsela. Santa-Anna dió á Basadre el encargo de contestar al extranjero, y de decirle, que no solo no aceptaban sus horribles servicios, sino que desde entonces quedaba cortada con él toda relacion.

El que así se ofrecia por vil precio á cometer frios asesinatos, habia sido desterrado de la República por el gobierno de Santa-Anna; pasaba en los Estados Unidos por amigo de la revolucion; y no solo podia vender lo causa que aparentemente defendia, sino que podia deshonrarla. El general Basadre procuró que los otros desterrados en la República vecina, supiesen aquel caso, para que no se fieran inocentemente de tal monstruo.

Ya se dijo que el general Santa-Anna habia entrado en la capital el 13 de Mayo, de regreso de su campaña del Sur. Para recibirle se hicieron grandes preparativos: se levantó en medio de la plaza mayor un arco triunfal lleno de trofeos y emblemas militares, y pasó por debajo como un triunfador; hubo fiestas é iluminaciones, y se pronunciaron discursos liasonjeros; de tal manera que les costaba trabajo á los habitantes de la capital el creer que todo aquello no era mas que una superficie brillante con que se procuraba encubrir los desastres y las miserias pasadas.

Dos días despues un violento huracán que se desató en el valle de México, derribó el arco de triunfo, convirtiéndole en un monton de lastimosas ruinas; y este incidente dió lugar á no pocas chanzas, que cortieron de boca en boca, aunque con el recato que aconsejaba el miedo. No im-

pidió esto, sin embargo, que la retirada del Sur se comparara con la retirada de los *Diez mil* de Jenofonte, ni que se encontraran palpitanes semejanzas entre aquella campaña y la de Napoleón en Rusia, porque en ambas había estado el mundo largo tiempo sin saber de los ejércitos expedicionarios. Dejando aparte estas exageraciones, no se puede negar que el ejército dió en aquella expedición brillantes pruebas de un valor, de una constancia y de un sufrimiento, dignos de mejor causa.

No todo fué regocijo en las regiones del poder después que regresó del Sur el general Santa-Anna. Habíanle dicho algo en el camino acerca de los comentarios que sus ministros hacían durante su ausencia, en el tiempo que habían estado sin tener noticias suyas; y el enojo que esto le produjo, hubo de aumentarse á su llegada, con lo que le dijeron algunos de sus amigos, que trabajaban incesantemente por arrojar del gabinete á Bonilla, Aguilar y Lares, ministros de relaciones, de gobernación y de justicia. Hubo, pues, una especie de crisis ministerial, que quedó prontamente resuelta en favor de los ministros, porque sin duda mediaron esplicaciones que dejaron al dictador satisfecho.

La revolución del Sur, en lugar de disminuirse, se había aumentado poderosamente desde la malhadada expedición de Santa-Anna. Por todas partes pululaban guerrilleros que caminando á la ligera y prácticos en los caminos, caían súbitamente y con la velocidad del rayo sobre los destacamentos del gobierno; los derrotaban en un punto, y corrían á muchas leguas de allí para hacer lo mismo en otro cuando menos eran esperados; de tal suerte que no dejaban un momento de sosiego á los jefes de las partidas ni á las guarniciones. Los capitanes Don Juan Antonio y Don Juan de Nava, el comandante Don Martín Ojendiz, el capitán Don José María González, el patriota Don Pascual Asensio Torres y otros muchos, brotaron como por encanto de las breñas del Sur, y dieron que hacer por todas partes á las tropas del gobierno, sin dejarles punto de reposo. Sobre todos, Don Faustino Villalva llegó á ser el terror del enemigo en las márgenes del Mescala, por donde no pasaba correo que no interceptara, ni convoy que no persiguiera.

El general Noriega que había entrado en Ayutla el 3 de Mayo, abandona aquella población poco después por orden del gobierno, retirándose á Ometepe; y algo más tarde huye de allí el coronel Tejada al aproximarse las fuerzas de los generales Alvarez y Villareal que ocuparon aquel punto.

Don Jesús Villalva, hijo del guerrillero Don Faustino, se pronuncia en el distrito de Tasco, derrota á la caballe-

ría de los Romanes, quitándoles armas y caballos, entra en Apetlanca y amenaza á Teloloapan.

El capitán González ataca al comandante Ríos en Tlacotepec, le hace fusilar, y engruesa su guerrilla con los soldados de la guarnición, pronunciándose en seguida Tetela del Río y otros pueblos de aquellas inmediaciones.

Ojendiz derrota á Tejada y Salado en el cerro de Mecatepec, y Juan de Nava obtiene un triunfo sobre una gruesa fuerza salida de Chilpancingo, en las inmediaciones de Quechultenango, quitándole una parte del convoy que llevaba para Ayutla.

Y sin contar otros encuentros, Don Faustino Villalva amenaza á Iguala á fines de Mayo, y se le pasa el batallón de Matamoros, enviado en auxilio del comandante principal de aquel punto.

Consecuencia de estos movimientos tan rápidos y tan felices, fué que proclamáran el plan de Ayula casi todos los pueblos del departamento de Guerrero, levantando actas de adhesión, y marchándose á engrosar las filas del ejército restaurador de la libertad, todos los que podían tomar las armas.

El gobierno quiso contener esta sublevación que crecía de una manera tan alarmante, y adoptó para ello los medios que menos convenían; apeló al terror, que tanto exasperaba los ánimos, y que siempre exacerba las revoluciones. Ya desde antes había dispuesto que las propiedades de los enemigos del gobierno, fueran ocupadas para mantener á las tropas que perseguían á los rebeldes; y con fecha 24 de Mayo se comunicó por el ministerio de la guerra al comandante general de Guerrero, una orden en que se le decía: „que todo pueblo que se manifieste rebelde contra el supremo gobierno, debe ser incendiado, y todo cabecilla ó individuo que se coja con las armas en la mano, debe ser fusilado.”

Ordenes de esta naturaleza se daban con frecuencia á los jefes militares, y casi siempre tuvieron puntual cumplimiento, por más que repugnáran á los sentimientos de muchos; porque si se perdonaban otras desobediencias, nunca dejaban de castigarse irremisiblemente las faltas que en este punto se cometían.

Semejantes medidas pudieron dar á la lucha un carácter espantoso, y hubo á veces sangrientas represalias; pero no dejan de formar extraño contraste con las disposiciones y la conducta del gobierno, las providencias y el proceder de los caudillos principales de la revolución, que respondían con medidas de humanidad y con rasgos generosos, á los arrebatos de venganza de la dictadura. Siempre fueron respetados y considerados por ellos los prisioneros de guerra: pe-

Las veces hicieron fusilar á los gefes que caían en sus manos, y siempre dejaron en libertad á la tropa para que tomara partido con ellos, ó se retirara á sus hogares. Esto habia sucedido ya con los prisioneros del Mezcala, del Coquillo y de Acapulco, no obstante que pudo agriar los ánimos de una manera formidable el trágico fin de Indart y Vargas. Por lo demás, el general Alvarez dictaba incesantemente á los gefes de los cuerpos las mas estrechas órdenes para que se respetaran religiosamente las propiedades por donde quiera que pasaran las guerrillas.

El país echaba de ver estos contrastes, y hasta los menos adictos á la revolucion, no podian menos de aplaudir los rasgos de generosidad de que daban muestra los principales caudillos de ella. Se habló mucho entonces de lo acontecido con Don José Maria Zambonino y Don Sebastian Holzinger, comandante militar el primero de la demarcacion de Acapulco, y el segundo capitán de marina en aquel puerto. Ambos habian contrariado con todas sus fuerzas los proyectos revolucionarios, desbaratando en cuanto les fué posible los planes que formaban los caudillos del Sur, para organizar el alzamiento; y por esta causa el general Alvarez, despues de haberlos tenido presos en Acapulco, los habia confinado á la isla de Caballos. Allí estaban cuando Santa-Anna marchó al Sur y despues de su retirada, espuestos incesantemente á ser víctimas de las represalias que provocaba el gobierno, ó á perecer de otro modo bajo el clima mortífero de aquella isla. Cuando se supo el fusilamiento de los capitanes Indart y Vargas, todo el mundo tembló por Holzinger y Zambonino, que parecian víctimas destinadas á vengar aquella sangre. Salvólos entonces de una muerte segura, como ya lo habia hecho antes, D. Ignacio Comonfort, empeñando para ello todo su influjo con el general Alvarez. No contento con esto, y viendo el riesgo que corrian aquellos dos hombres de perder su existencia, solicitó repetidas veces del general en gefe, que se los entregara para dejarlos libres: Alvarez se resistió largo tiempo á obsequiar aquel deseo, hasta que un dia Comonfort le dijo que si algo merecia por la defensa de Acapulco, le pedia por única recompensa, que le entregara los dos presos. Vencido Alvarez por tantas instancias, accedió por fin á los deseos de Comonfort, no sin pronosticarle que su generosidad habia de tener mala recompensa.

En cuanto estuvieron en poder de Comonfort, Holzinger y Zambonino quedaron libres para tomar el partido que quisieran; y escusado es decir que hicieron á su libertador las mas ardientes protestas de agradecimiento. Ambos salie-

ron de Acapulco á los pocos dias; y pasado algun tiempo, regresaron á la capital.

Cuando en ella se supo este suceso, todo el mundo le comentó de acuerdo con las ideas de nobleza y de humanidad, que son propias de un pueblo generoso y cristiano, sin que bastara todo el empeño del gobierno y de sus ciegos admiradores para impedir que el nombre de Comonfort se pronunciara con gratitud y con respeto. Si este nombre solo habia sido una garantia para la revolucion desde que se le vió figurar en ella, doble estimacion la dieron el rasgo que acababa de relatarse, y otros muchos parecidos, reflejándose la aureola de popularidad que rodeaba al caudillo generoso, en la causa que tan noblemente defendia.

Preciso es añadir que el pronóstico del general Alvarez salió cierto: la generosidad de Comonfort no fué bien recompensada. Holzinger y Zambonino volvieron á lidiar contra la revolucion, y blandieron las armas contra el hombre que les habia salvado la vida. (1)

En virtud de las órdenes que el gobierno habia dictado sobre destruccion y confiscacion de propiedades, no solo fueron incendiadas ó confiscadas las de los que le hacian la guerra con las armas en la mano, sino que sufrieron la misma suerte las haciendas de algunos que no habian cometido mas delito que ser de contraria opinion á la política dominante, y tomar silenciosamente el camino del destierro cuando el poder se los mandó. D. Ignacio Comonfort fué una de las víctimas de aquella legislacion estraña. Con fecha 27 de Junio el comandante principal de Costa Chica participó al gobierno desde Ometepec, que habiendo sabido que Don Manuel Santa María, vecino de aquel pueblo, como albacea y heredero de su padre Don Francisco, tenia en su poder siete mil y trescientos pesos pertenecientes á Don Ignacio Comonfort, le habia exigido esta cantidad; que Santa María se la habia entregado, y que la habia invertido en el sostenimiento de la tropa, conforme á las órdenes superiores. El ministro de la guerra contestó á esta comunicacion, diciendo simplemente que el gobierno quedaba enterado.

A fines de Junio se pronunciaron Acatepec y otros pueblos del distrito de Tlapa; y habiendo llamado al capitán

(1) Don Sebastian Holzinger fué nombrado con fecha 20 de Agosto de 1854, comandante de la escuadrilla que bloqueaba á Acapulco; y entre las largas instrucciones que le dió el gobierno, muchas de ellas se reducian á que ofreciera empleos y dinero á los que entregaran la plaza.

Don Juan Francisco Mariano para que los auxiliara en su empresa, éste tuvo un encuentro en el cerro de las Minas con las tropas que salieron de la cabecera del distrito, quedando mas de la mitad de éste por la revolucion, á consecuencia de aquel combate que tuvo lugar el 10 de Julio.

Al mismo tiempo que en el Sur, la revolucion tomaba poderoso incremento en el departamento de Michoacán. Desde el mes de Enero el antiguo patriota Don Gordiano Guzman habia reunido algunas fuerzas en el Potrero cerca de Coahuayano; y el 27 de Febrero el gobierno habia dado orden para que se le persiguiera, y fuese remitido preso á la capital. "porque estaba de acuerdo con los anarquistas del Sur?" Guzman habia formado ya tres compañías, pero estas mismas le abandonaron el 23 de Marzo en la hacienda de la Orilla, desde donde fué conducido preso á Huétamo, en cuyo punto estaba el coronel Bahamonde. Con Guzman estaban su hijo Don Antonio, Don Pedro Nava, Don Juan Garcia, Don Juan Villaseñor, y Don José María Ramos, que era su secretario. Los dos primeros fueron puestos en libertad por el comandante de Zacatula; y en cuanto á los otros, el comandante general de Michoacán, conforme á las órdenes que tenia del gobierno, mandó á Bahamonde que los remitiera á Morelia para formarles la correspondiente sumaria, menos Don Gordiano Guzman que debia ser fusilado inmediatamente, segun lo habia determinado el gobierno hallándose ausente Santa-Anna en el Sur. Esta orden se cumplió el 11 de Abril en Cutzamalá; y un sentimiento de inesplicable terror agitó los espíritus en todo el departamento, al saberse que las balas de una sentencia implacable y fria habian traspasado la venerable cabeza de aquel anciano, á quien habian respetado las balas de tantos combates. Don Gordiano Guzman habia tomado parte en la primera guerra de la independencia, y habia figurado siempre desde entonces como uno de los mas valientes caudillos populares, aunque vivió constantemente en la soledad del campo y lejos de las intrigas políticas. (2)

No por este sacrificio se destruyó en Michoacán el germen de la revolucion, sino que brotó mas activo y vigoroso en la tierra regada con aquella sangre. Desde el mes de Abril se habia pronunciado en el Sur de aquel departamen Don

(2) El general Santa-Anna se alegró, sin duda, de la muerte de Gordiano Guzman; pero hablando de ella una vez con algunos de sus amigos, y delante de todos sus ministros, dijo terminantemente estas palabras: „Gordiano Guzman era un pícaro que bien merecia la muerte; pero yo no le mandé fusilar.”

Antonio Diaz Salgado, que tanto dió que hacer despues al gobierno en los confines de Guerrero, México y Michoacán, combinando sus operaciones con los guerrilleros Berdeja y Tavares en las inmediaciones del rio de las Balsas. A principios de Mayo se pronunciaron en Coeneo Don Epitacio Huerta y Don Manuel Pueblita en compañía de Rangel, y de algunos otros que tanta celebridad adquirieron en aquella campaña, y que hicieron rivalizar á Michoacán con Guerrero en los servicios prestados á la revolucion.

En vano el gobierno se desvela dictando medidas terribles, poniendo en accion todos sus recursos, y regañando á los gefes militares. Diaz Salgado ataca á Huétamo, y tiene Bahamonde que retirarse de allí á treinta leguas de distancia; toma á Istapa de la Sal en compañía de Pinzon, Guzman y Tejeda, derrotando al coronel Romero, haciendo fusilar á dos capitanes y poniendo en libertad á cuarenta y cuatro soldados cogitos en la accion; derrota á Don Rosendo Moreno en San Miguel Amuco, y prepara una serie de operaciones que dieron por resultado la adhesion al plan de Ayutla, de todos los pueblos de Michoacán limítrofes con Guerrero.

Por su parte, Rangel, Huerta y Pueblita derrotan al escuadron activo de Quilátaro en las inmediaciones de Uruapan; se cubren de gloria en el Llano del Cuatro; toman el pueblo de la Aguililla, y reducen al último extremo de desesperacion á las fuerzas del gobierno mandadas á perseguirlas.

La jornada del Llano del Cuatro fué notable por el denuedo con que se batieron allí ambas fuerzas. El coronel Huerta se idió personalmente la accion, dando una carga á la lanza, que no pudieron resistir los del gobierno, aunque respondieron á ella con inulito arrojo. En la toma de la Aguililla fué tambien notable la brillante accion del capitán Don Pascual Rodriguez: al frente de 150 hombres saltó sobre los parapetos, cargando á fuego y sangre sobre los contrarios, y se hizo dueño del punto en medio de un monton de hombres que yacian por el suelo, recién sacrificados en el furor de la pelea.

Desde que vió el gobierno que la revolucion empezaba tan pajante en Michoacán, comenzó á disgustarse con el comandante general del departamento, y ya desde el mes de Mayo habia dirigido agrios estrañamientos al general Ugarte, que desempeñaba aquel destino, porque no hacia fusilar inmediatamente á los enemigos del gobierno que caian en sus manos. Todo lo malo que le acontecia, lo achacaba el gobierno de Santa Anna á la lenidad de sus autoridades, sin advertir que si le iba mal en los puntos donde los gefes guardaban á la humanidad algunas consideraciones, no le iba ma-